

## 2.13. La sívela de Fernández

Chendo, Mariana

USAL

### Resumen:

Macedonio Fernández presenta en *Museo de la novela de la eterna* su belarte novelística, trabajo de carnadura dialéctica solo posible dentro del vacío literario.

La novela se desnuda en huecos por donde sucede la ausencia, de cuerpo siempre impresentable e inacabado. Así, des-afueradamente, la teoría de la belarte acorta su inicio en el adentro de un velarte, pira funeraria de relato muerto en desánimos.

Insomne Macedonio que trasnocha, por desvelo, de la belarte de la novela a un arte de ausencias veladas. La sívela de Fernández corre los velos narrativos de la novela vigía para despertar al deseo del lector con que sueña Macedonio. Lector que vela la ausencia para continuar la nada, única garantía artística de ser de espera.

### Ponencia completa:

#### La sívela de Fernández

Chendo, Mariana

USAL

“Esta puerta se abrió para tu paso.  
Este piano tembló con tu canción.  
Esta mesa, este espejo y estos cuadros  
guardan ecos del eco de tu voz.  
Es tan triste vivir entre recuerdos...  
Cansa tanto escuchar ese rumor  
de la lluvia sutil que llora el tiempo  
sobre aquello que quiso el corazón”.  
(Homero Manzi, *Ninguna*)

La escritura de Fernández tiene médula de rumor. Interrumpidos sucesos imposibles de articulación en los límites de un sistema discursivo. Murmullos sin origen ni dueño, que hablan de algo uno y otro que nos remite siempre a un otro algo, escritura clandestina que conspira contra la seriedad académica de cualquier lógica especular. Y a cada línea nos sentimos fracasar de conceptos. A cada prólogo un nuevo cuchicheo que interrumpe las letras del salón. Escritura insoportable que obliga a entrenar el oído hasta lo inaudible, hasta la impertinencia que no cesa de interrumpir la atención de la lectura. Médula de lo que no puede preverse, de lo que simplemente surge. En voz baja. Para que no escuchen los otros. En oído atento. Para recordar el eco, recrearlo y liberarlo a su devenir constante. Escritura de lo que no se sabe, de lo imprevisible, de lo inanticipable,

de lo que siempre está aconteciendo, inédito e inaudito. Médula de rumor que se parece a la columna vertebral de la anécdota. Escritura anecdótica. Relatos de estados emergentes que resisten a cualquier límite, insumisos incluso a la invención de su propia regla. Como un Diógenes de nuestra orilla, Macedonio hace justicia a las circunstancias, el *con* material del texto que cualquier operación conceptual debe violentar hasta la asfixia para ver triunfar un programa de verdad. Como el “Sócrates enloquecido”<sup>1</sup> de nuestro río, Fernández se propone pensar la carne del cadáver de la modernidad metafísica. Es como si Macedonio descubriese que el hueco por donde surge lo aconteciente, imposible de ser capturado, sólo puede ser *figurado* por la anécdota. Descubrimiento filosófico del vacío literario. Y el escritor se convierte en coleccionista de sucesos. Y “tal colección de sucesos se encerrará dentro de la novela que no dejará casi nada para el suceder en las calles, domicilios y plazas, y los diarios faltos de acontecimientos tendrán que conformarse con citar la novela”<sup>2</sup>. Macedonio recolecta sucesos para su museo, materia de anécdotas despedazadas de totalidad faltante. Como si levantase del suelo interrumpido una imagen rota, a la que le sucede la interrupción de un silencio, al que le sucede la interrupción de otra imagen levantada de otro suelo interrumpido pero lo mismo rota. Coleccionismo irritante de objetos que de tan astillados son astillas objetuales. Fernández expropia los sucesos de su sitio para exponerlos en la novela, salvándolos de la inevitable catástrofe del límite. Límite de una razón de luz identitaria. Pero también del otro límite, más irreparable que lo inevitable de la razón ilustrada: el límite de la muerte. Macedonio quiebra los límites porque descubre en el suceso el hueco del límite del lenguaje. El suceso tiene la persistencia de una melodía tarareada, que no sabemos dónde escuchamos ni sabemos qué dice ni qué notas la componen. Persistente recuerdo dicho, el suceso relata un acontecimiento que no requiere haber ocurrido para ser un hecho, pues el hecho del suceso es lo dicho, y lo dicho es lo escrito que es lo leído que es lo recordado. El suceder de las anécdotas exhibe y desplaza el concepto a su camino vital, camino de digresión, de rodeo, de desvío. El suceso pone al concepto en el afuera que es su estancia, lo ex-pone en su circunstancia. Y deja nuestro pensamiento a la intemperie, despojado de los ropajes de la lógica y de la metodológica. El tiempo del suceso es el instante, y el museo de Fernández es una colección de la dispersión del instante que, sedimentado en las cosas,

---

<sup>1</sup> Apodo con el que Platón se refiere a Diógenes.

<sup>2</sup> Fernández, Macedonio. *Museo de la novela de la eterna*, Buenos Aires, Ediciones El Corregidor, 2007, p. 46.

vive en la memoria del lector que lo mira. El tiempo del museo de sucesos inaugura “tres tiempos matemáticos nuevos”<sup>3</sup>, exclusivos del tiempo de novela que es tiempo del evento. Fernández descubre la novedad de una trilogía temporal de matemática novelada. Y enumera: el tiempo de la cortesía porteña que jamás dice no a nadie sin darle tiempo ‘hasta el nuevo tango’ para que ese nadie busque otro empleo o se enmiende por el error cometido. Primer tiempo marcado por la miseria del porteño que se quedó sin trabajo o se equivocó de tanto equivocarse. El tiempo del intervalo de suelo entre dos caídas del príncipe de Gales. Segundo tiempo marcado por la torpe escansión de un suelo que se empeña en hacer caer vestimentas. “En fin, el tiempo mínimo: el que queda ahora para ser el primer sobretodo o la primera gripe de este invierno, o midiendo bajo otra unidad este tiempo: el de salvar a un sombrero negro, olvidado en un asiento negro de silla, del visitante recién llegado que se aproxima”<sup>4</sup>. Tercer tiempo marcado por el ahora de lo mínimo, de lo in-significante de una cotidianeidad deíctica. Ese piano. Esa mesa. Esos cuadros. El tiempo está marcado. Y el museo no indica que el tiempo esté marcado de sucesos, lo que señala son los sucesos que trazan el tiempo. Tiempo latente de ecos del eco de una voz. Museo de voces sucedidas, de voces aplastadas, de voces que no han sido todavía, de voces olvidadas narradas en la condición de su olvido. Olvido que marca el tiempo. Edades “marcadas por el Olvido”<sup>5</sup>. Y Macedonio enumera. La edad en la que olvidamos el cigarrillo encendido en la boquilla nueva de papá en la pieza de la mucama. La edad ya avanzada de olvidar un pan sobre el escritorio pulido. La edad desesperada en que olvidamos todo, incluso la propia edad, y hasta un sombrero en la sopera. Lo que marca el tiempo es el olvido. Museo de sucesos olvidados. Y el museo no indica que el tiempo esté marcado por el olvido, lo que señala son los olvidos que inscriben el tiempo. Macedonio, que sabe que olvidar el sombrero en una sopera es un suceso horrible, también sabe que quien llega a ese tiempo sigue caminando al borde de los ecos de otros olvidos, a la voz de la infancia: predominará la edad “en que se sube a saltos las escaleras, se enreda el último barrilete o la última línea de pescar, y aparece el primer billar y la primera noche de olvidar las llaves de volver a casa”<sup>6</sup>. El museo estalla de sucesos marcados por el diminutivo, pero no hay en la colección ningún instante marcado por conectores temporales. Entonces, lo que

---

<sup>3</sup> Id., p. 52.

<sup>4</sup> Id., p. 52.

<sup>5</sup> Id., p. 52.

<sup>6</sup> Id., p. 52-53.

prevalece no es el tiempo de la infancia, es la grieta de la infancia que hunde el tiempo. Infancia ombligo de todo evento.

Fernández nos hace una promesa de hondura vital. Nos promete que pondremos al fin los ojos en lo no visto. Por género de novela, avistaremos una muestra de lo nunca habido. Fernández lo promete. Y como condición carnal de la promesa, lo posterga: leeremos lo que no ha sido escrito y que tampoco se escribe aquí, pero falta poco<sup>7</sup>. Promesa y postergación de hondura vital que instan al lector a inscribirse en los márgenes, bajo la sentencia de leer lo que nunca fue escrito. Y la lectura recobra su condición mágica anterior a todo lenguaje, y lee aquello que se ausenta en lo escrito. Y por acto mágico de lectura de lo no escrito, recobramos el eco de lo nunca pasado. Y el tiempo deja de transcurrir como historia, y se convierte en un presente fluido, con memoria de lo que vuelve cotidianamente a ser. No de lo que no se repite, de lo que cotidianamente vuelve a estar. Con memoria de suceso:

la sopita, el mantel, el sofá, la lumbre, el remedio feo, los zapatitos, la escalerita, el nido, la higuera, el pino, el oro, la nube, el perro, las rosas, el sombrero, la risa... plazas y parques con los nombres de las máximas vivencias humanas; calles de la Novia, el Recuerdo, el Infante, el Retiro, la Esperanza, el Silencio, la Paz, la Vida y la Muerte, los Milagros, las Horas, Rumor, Sombra, Ojos, Paciencia, Amor, Misterio, Maternidad, Alma<sup>8</sup>.

Y si “un hecho que no ocurrió, por magia de novela se tornó existente”<sup>9</sup>, entonces un hecho que no se escribió, por magia de lectura, dice el recuerdo jamás pasado. Y el *estar* se convierte en lo que *pudo* ser, lo que no es pero resuena desde el eco del *poder*. Tal vez por eso Fernández cierra la Estancia la Novela afirmando que “*el imaginador no conocerá nunca el no ser*”. Porque el conocimiento ha quedado en el descampado, demasiado lejos del casco de la estancia. El imaginador no conoce el no ser. Lo lee. Y por lectura de lo no escrito, lo recuerda. Para continuar la nada. Tal vez por eso Macedonio cierra la estancia con la palabra *ser*, precedida por un *no*. Eco sin fin.

---

<sup>7</sup> Fernández, Macedonio. *Museo de la novela de la eterna*, p.46. La cita textual es: “... que nunca antes se ha escrito. Y ahora tampoco, pero falta poco.”

<sup>8</sup> Id., p. 206.

<sup>9</sup> Id., p. 205.